



LLAMADA  
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

# ESCATOLOGÍA

EXPONE

• Eduardo Cartea Millos •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



# Clase 1

## 1. Concepto de escatología

- a. Definición
- b. Propósitos de la escatología
- c. Bibliografía

## 2. Escatología personal

- a. La vida y la angustia por la muerte
- b. La vida en el lenguaje del Nuevo Testamento
- c. La muerte en el lenguaje bíblico
- d. Distintas escatologías sobre la muerte
- e. Conceptos erróneos sobre la muerte
  - I. La muerte es el fin de la existencia
  - II. La muerte es un eslabón de la evolución
- f. Cinco conceptos sobre la muerte (perspectiva bíblica)
  - I. Muerte física
  - II. Muerte espiritual
  - III. Muerte eterna
  - IV. Muerte moral
  - V. Muertos al pecado



g. Razones por las cuales morimos

- I. Pecado original
- II. La muerte es la paga del pecado

h. La muerte para el creyente

- I. La muerte es dicha
- II. La muerte es como un sueño
- III. La muerte es como un viaje
- IV. La muerte es una garantía de vida eterna
- V. ¡Estaremos con Cristo!
- VI. La muerte es ganancia



# Clase 1

*Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis (Jer. 29:11).*

## 1. Concepto de escatología

### a. Definición

La palabra “escatología” deriva del término griego *eschaton*, ‘lo último’ y *logos* (‘discurso’, ‘estudio’). En el ámbito cristiano hablamos del estudio de la consumación de la obra amorosa de Dios vinculada a sus criaturas. Para eso debe partirse de la base de que Dios existe de manera independiente a sus criaturas y no es regido por la historia. Por el contrario, Él preside la historia y designa todas las cosas que en ella pasan según sus propósitos últimos. En este sentido, toda la creación avanza hacia una meta (*telos*) o destino final ya establecido por la Divinidad.

Esta perspectiva se distingue claramente de otras formas de pensamiento vinculados a la historia, pues se sustenta en la esperanza de un final feliz para aquel que coopera con el proyecto divino. A diferencia de las otras corrientes de pensamiento, la perspectiva bíblica da respuesta a las interrogantes que nacen en el corazón del hombre vinculadas al fin último de la existencia, a la vida después de la muerte y al sentido de los acontecimientos en la línea de tiempo. De manera general, la Palabra de Dios revela el sentido de la historia y el destino de cada hombre en particular. Para un mejor estudio, la revelación de Dios se divide en dos partes: la escatología general y la escatología particular.

La escatología general abarca temas como el futuro de Israel, el pueblo de Dios, sobre todo cristalizada en tres corrientes fundamentales: la esperanza del día de Yahvé, donde el juicio y la retribución divina se harán presente; el anhelo por el reino venidero, un reinado eterno, inaugurado y liderado por el Mesías; y la resurrección de la carne. Por otra parte, revela el futuro de la iglesia y su vinculación futura con Cristo como esposa del Cordero.

La escatología particular o individual habla acerca de la suerte que le aguarda al individuo luego de su muerte, según su justicia y piedad, la cual depende directamente de su relación con la justicia y piedad divina. La fe del hombre en el evangelio de Cristo lo reviste del Justo Mesías y lo justifica delante del Padre, de lo contrario, es hallado injusto, impuro y culpable por sus delitos y transgresiones.



Como podemos ver, ambas ramas de la escatología se concentran en Cristo como la fuente restauradora, no solo del hombre, sino de toda la creación.

## **b. Propósitos de la escatología**

La escatología no es filosófica, pues no depende de una búsqueda del hombre para dar respuesta a profundas interrogantes, sino que profundiza en la revelación divina vinculada a esas cuestiones.

El ser humano se ha preguntado siempre hacia dónde va, cayendo muchas veces en posturas materialistas desprovistas de toda esperanza: “del polvo salimos, al polvo volveremos”. El predicador en el libro de Eclesiastés se planteó las mismas cuestiones bajo la lupa de la vanidad y el sinsentido: “*Todo va a un mismo lugar; todo fue hecho del polvo, y todo al polvo volverá*” (Ecl. 3:20). Para las personas que rechazan la revelación divina, la esperanza cristiana es ilusoria, sin embargo, se ven temerosas ante su propia realidad y prefieren no enfrentarla. Acusar a los cristianos resulta ser finalmente un consuelo pasajero.

Lo mismo sucede con el fin de todo lo creado y el destino de Israel.

Con el tiempo, la revelación bíblica sobre el más allá y el destino eterno significan una carga más pesada para la humanidad. Las distintas culturas se interrogan sobre los hechos necrológicos (la muerte), qué sobrevive a ella; los hechos antropológicos: qué parte del hombre muere y cuál sobrevive, si es que algo lo hace; los hechos escatológicos, si existe algún tipo de esperanza, si es el alma inmortal o si los muertos resucitarán; los hechos neumáticos (espirituales), si seremos transformados después de la muerte o si tendremos un cuerpo espiritual.

La escatología tiene el propósito de dar respuestas certeras a estas preguntas por medio de la revelación divina en las Escrituras.

## **c. Bibliografía**

Francisco Lacueva: *Escatología II* (Tomo IX, “Curso de formación teológica evangélica”), s. f., Barcelona: Ed. Clie.

J. Dwight Pentecost: *Eventos del porvenir*, 1989, California, Estados Unidos: Ed. Vida.

C. F. Hogg y W. E. Vine: *Cristo vendrá otra vez*, 1969, Madrid: Ed. Literatura Bíblica.

Charles C. Ryrie: *Las bases de la fe premilenial* (ampliado por Homer Payne), 1984, Míchigan: Ed. Portavoz.

John MacArthur y Richard Mayhue: *Los planes proféticos de Cristo: Guía básica del premilenialismo futurista*, 2020, Míchigan: Ed. Portavoz.

John F. Walvoord: *Profecía en el nuevo Milenio*, s. f., Llamada de Medianoche.

Erich Sauer: *El triunfo del crucificado*, 1964, Míchigan: Ed. Portavoz.



## 2. Escatología personal

### a. La vida y la angustia por la muerte

La comunidad científica no ha hecho más que esquivar el problema: el hombre siempre murió y debe morir, pues se trata de un ser natural atado al ciclo de la vida, el cual comienza en el nacimiento y termina en la muerte. No obstante, la Biblia nos enseña que el hombre no es tan solo un ser natural, sino que está dotado de otras características que lo distinguen de otros seres. Este tiene primacía sobre la naturaleza y su vinculación con Dios es única.

No es fácil para el hombre asumir la visión científica de la muerte como parte del ciclo de la vida. El existencialismo nos invita a aceptar sin más la trágica trayectoria humana. A superar la angustia de lo inevitable, de pasar del ser al no ser y dirigirnos hacia la nada misma. Sin embargo, esto no es posible ni está cerca de ser un remedio para la desesperación existencial.

El existencialismo define bien los síntomas de angustia en el hombre, pero no acierta a la solución.

El escritor español Miguel de Unamuno propone algo distinto a la aceptación existencialista, propugnando la rebelión. En su ensayo filosófico *Del sentimiento trágico de la vida* dice: “Lo viril — dicen — es resignarse a la muerte, y pues no somos inmortales, no queremos serlo; sojuzguémonos a la razón sin acongojarnos por lo irremediable, entenebreciendo y entristeciendo la vida. Esa obsesión — añaden — es una enfermedad. ¡Enfermedad, locura, razón...! ¡El estribillo de siempre! Pues bien: ¡no! No me someto a la razón y me rebelo contra ella, y tiro a crear, en fuerza de fe, a mi Dios inmortalizador y a torcer con mi voluntad el curso de los astros...”. Este escritor se presenta rebelde ante la postura de la aceptación de la muerte y decide luchar contra ella, a pesar de su poder: “Hagamos que la nada, si es que nos está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el destino, y aun sin esperanza de victoria: peleemos contra él quijotescaamente”. Y cuál era el propósito de su lucha: “... hay que creer en esa otra vida para poder vivir esta y soportarla y darle sentido y finalidad”.

El verdadero problema radica en cómo la muerte afecta y condiciona la vida.

También el novelista francés Albert Camus cuestionó el existencialismo de su época con la frase: “Si Sartre lleva razón, el único problema serio de la filosofía es el suicidio”. Dicho de otro modo, si el nihilismo (una de las formas de existencialismo que dice que la vida carece de sentido, propósito o valor) es cierto y después de la muerte no hay nada, ¿por qué no recurrir al suicidio? Si la última realidad es el no ser, la filosofía no debería tener por tema fundamental la vida, sino el suicidio.

Ni el propio Sartre, estando ya ciego, optó por quitarse la vida, a pesar de haber escrito que la muerte podía ser una oportunidad para manifestar la propia libertad, una libertad que, en la esfera del nihilismo, no tendría mucho sentido. Si vivir es morir conscientemente, ¿por qué no acelerar el proceso?



Camus aumenta de esta manera la angustia del existencialista, quien ante la negativa del suicidio afirma, contra su voluntad, el miedo a estar equivocado o la esperanza de la inmortalidad. Ante esta reflexión el nihilista no puede verse tan superficial ante la vida, o bien aumenta su desesperación o bien es conducido hacia la salvación ofrecida por la revelación cristiana.

Epicuro observó que el hombre no teme a la muerte por creer que significa aniquilación, sino todo lo contrario, su temor radica en que podría no significar eso.

## **b. La vida en el lenguaje del Nuevo Testamento**

En el Nuevo Testamento podemos encontrar tres palabras distintas para “vida”: *bios*, *psique* y *zoe*.

La palabra griega *bios* hace referencia a la vida biológica, natural o física. El término *psique* se refiere al “yo”, al alma o a la mente, vinculada más bien con la voluntad. El término *zoe* hace referencia a la vida espiritual o vida eterna.

Veamos por ejemplo el pasaje de Mateo 10:39: *“El que halle su vida [psique], la perderá; y el que pierda su vida [psique] por causa de mí, la hallará”*. En este ejemplo, la palabra “vida” es *psique*, por lo que se refiere al alma o mente humana, a su voluntad, emociones y sentimientos, a todo lo vinculado al “yo”. Por lo tanto, el pasaje no hace referencia a la vida física, como muchas veces se enseña, o a la vida eterna. Veamos otro ejemplo similar: *“El que ama su vida [psique], la perderá; y el que odia su vida [psique] en este mundo, para vida eterna [zoe] la guardará”* (Jn. 12:25).

En Juan 14:6, Jesús dice: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”*. La palabra para vida en este pasaje es *zoe*, enseñando que Jesús es la vida eterna y nadie tiene acceso al Padre sino es por Él.

El término *zoe* también es utilizado en Juan 1:4: *“En él estaba la vida [zoe], y la vida [zoe] era la luz de los hombres”*. El apóstol Juan estaba enseñando que en el Logos encarnado de Dios habitaba la vida divina. Por eso dice el apóstol en 1 Juan 5:11-12: *“Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna [zoe]; y esta vida [zoe] está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida [zoe]; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida [zoe]”*. La vida eterna está en Jesús y él se la otorga a todo aquel que crea en él: *“El que cree en el Hijo tiene vida eterna [zoe]; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida [zoe]”* (Jn. 3:36).

En otro pasaje, Juan nos dice: *“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna [zoe], y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios”* (1 Jn. 5:13). Jesús dijo en Mateo 6:25-33: *“No os afanéis por vuestra vida [psique], qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida [psique] más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? [...] No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre*



*celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*". El Señor nos exhorta a no afanarnos por nuestra vida psíquica (*psique*), es decir, a la angustia que radica en nuestros sentimientos o emociones al faltarnos el alimento para la vida biológica (*bios*), pues él tiene control de todas estas cosas. Más bien debemos buscar el reino de Dios, es decir, la vida espiritual (*zoe*), y todo lo demás será añadido.

Pablo dice en Gálatas 2:20: *"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo [psique], mas vive Cristo en mí [zoe]"*- (Gal. 2:20). En otras palabras, Pablo ya no hace su propia voluntad, pues el espíritu de Cristo, la vida eterna, está en él.

### **c. La muerte en el lenguaje bíblico**

Existen distintos términos para la muerte, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

En el Antiguo Pacto podemos encontrar la raíz hebrea *mwt* más de mil veces.

El Pentateuco emplea con frecuencia esta raíz con diferentes variantes para diferenciar la muerte natural de la no natural (violenta o prematura). Debemos diferenciar este término pasivo de la acción de matar, de la cual se suele utilizar la raíz *qtl*, aunque pueden aparecer juntas cuando se trata de una muerte violenta.

En las Escrituras podemos ver las variantes de *mwt* traducido de varias maneras en distintas traducciones, utilizando sinónimos como "reunirse con su pueblo", "reunirse con sus padres", "acabar", "entregar la vida", y en el sentido inverso "dar la vida", "morir en lugar de".

Las distintas fórmulas de esta raíz reflejan diversos componentes del concepto de muerte. Como un hecho natural y necesario: *"Entonces murió Débora, nodriza de Rebeca, y fue sepultada al pie de Bet-el, debajo de una encina, la cual fue llamada 'Alón-bacut'"* (Gn. 35:8). Como un proceso doloroso y de duelo: *"Sara murió en Quiriat-arba (que es Hebrón), en la tierra de Canaán; y vino Abraham a hacer duelo por Sara y a llorarla"* (Gn. 23:2). Como un mal que hay que evitar: *"Pero Jehová hará distinción entre los ganados de Israel y los de Egipto, de modo que nada muera de todo lo que pertenece a los hijos de Israel"* (Éx. 9:4). En este sentido, la fórmula "mejor es... que morir" expresa que la muerte es el mayor de los males: *"Ya te lo decíamos cuando estábamos en Egipto: Déjanos servir a los egipcios, porque mejor nos es servir a los egipcios que morir en el desierto"* (Éx. 14:12). Esta expresión es opuesta a la fórmula "¡Ojalá muriera!", la cual considera el mal de este mundo como superior al mal de la muerte, comúnmente usada como protesta: *"Ojalá hubiéramos muerto a manos de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos ante las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos, pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud"*.



Si observamos los pasajes de Éxodo 14:12 y 16:3 podemos ver cómo ambas fórmulas son empleadas por el mismo pueblo rebelde. También es vista la muerte como “despedirse del mundo”, por lo cual es necesario tomar algunas decisiones. Para esto se suele utilizar la fórmula “he aquí” para introducir la última voluntad de quien agoniza, como puede verse en Génesis 50:5 en algunas versiones: *“Mi padre me conjuró diciendo: He aquí yo muero; en mi sepulcro, que yo cavé para mí en la tierra de Canaán, allí me sepultarás; ruego pues que vaya yo ahora, y sepultaré a mi padre, y volveré”* (JBS).

También se suele utilizar la imagen de la sepultura como la plenitud de la muerte, pues es allí donde el muerto tendría comunión con el mundo de los muertos. Ambas palabras “muerte” y “sepultura” suelen estar juntas por referirse a dos elementos fundamentales. Con frecuencia, la fórmula muerte-sepultura termina con la narración del personaje al cual se hacía referencia, como ya vimos en el pasaje de la muerte de Débora, la nodriza de Rebeca (Génesis 35:8). En algunos casos se suman a la fórmula elementos de solemnidad: *“Exhaló, pues, el espíritu, y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de años; y fue reunido a su pueblo”* (Gn. 25:8). En este caso, la muerte en la ancianidad es un símbolo del amor de Dios, mientras que morir de forma prematura es una expresión de su juicio. En este mismo sentido, el favor de Dios puede verse en una muerte armónica (“morir en paz”), la que describe una existencia que ha cumplido con sus propósitos o, por el contrario, “morir con dolor”: *“No descenderá mi hijo con vosotros, pues su hermano ha muerto y él ha quedado solo; si le acontece algún desastre en el camino por donde vais, haréis descender mis canas con dolor al seol”* (Gn. 42:38).

Algo que también se suele destacar es la muerte a causa del pecado, como una deuda que se cobra con la vida: *“Nuestro padre murió en el desierto. Él no estuvo en la compañía de los que se juntaron contra Jehová en el grupo de Coré, sino que por su propio pecado murió, y no tuvo hijos”* (Nm. 27:3). Hay dos maneras de interpretar la muerte de Zelofehad en este pasaje: como un pecado puntual (el no tener hijos) o como la muerte en la ancianidad, aceptada como la realidad de este mundo, donde todos morimos a causa del pecado.

Podemos ver en el Antiguo Testamento que la duración de la vida expresa la calidad de la muerte: *“Así que Adán vivió novecientos treinta años, y murió”* (Gn. 5:5).

En lo que refiere a la forma de morir, las causas son múltiples: pestes, fuego, lapidación, espada, gusanos, etcétera. Deuteronomio 20:5 utiliza la expresión “morir en formación de guerra”, traducido en muchos casos como “morir en la batalla”: *“Luego hablarán los oficiales al pueblo, y dirán: ‘¿Quién ha edificado una casa nueva y no la ha estrenado? Que se vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla y algún otro la estrene’*. También encontramos en el Pentateuco la fórmula “antes de morir” y “después de morir”: *“Hazme un guisado como a mí me gusta; tráemelo y comeré, para que yo te bendiga antes que muera”* (Gn. 27:4); *“Habló Jehová a Moisés después de la muerte de los dos hijos de Aarón, que murieron cuando se acercaron a la presencia de Jehová”* (Lv. 16:1).



Como conclusión podemos ver que el Antiguo Testamento, sobre todo el Pentateuco, interpreta a la muerte como algo importante, pero cotidiano, de la cual no ve necesario describir su naturaleza. La muerte se ve como un mal necesario, introducido en el mundo a causa del pecado.

La muerte madura tiene lugar en la ancianidad, después de largos días y con sus objetivos cumplidos (bienes, hijos, futuro de los hijos asegurado). Se trata de un signo del amor de Dios, mientras que la muerte prematura es producto del juicio divino.

Referente a lo antropológico, existen tres fórmulas que describen la muerte con alusión al alma.

La primera es “salió el alma”: *“Ella, al salirse el alma –pues murió–, le puso por nombre Benoni; pero su padre lo llamó Benjamín”*. Aquí el alma es vista como la capacidad de animación, por lo tanto, puede utilizarse en cualquier caso.

La segunda es “matar, herir, exterminar o quemar el alma de”: *“Cuando Rubén oyó esto, lo libró de sus manos. Dijo: –No lo matemos [lō nak-ken-nū nā-ṗēš, ‘no hiramos su alma’]”*. Esta fórmula se suele utilizar para describir la muerte violenta, como la acción de privar a alguien de su alma, es decir, de su vida o vigor.

La tercera fórmula es la expresión “buscar el alma para tomarla” o “buscar el alma para matarlo”, refiriéndose a quitar la vida con violencia.

El alma es visto entonces como la capacidad de animación del hombre, es decir, la vida. Por ende, la muerte parece relacionarse con la falta de movimiento. El alma viene de Dios y le da al hombre la capacidad de interactuar con su entorno a través de sus sentidos, convirtiéndolo en un “ser viviente”.

Según el Antiguo Testamento, el alma (traducido como “vida”) se sitúa en la sangre, pero está íntimamente relacionada con la carne: *“Solamente que te mantengas firme en no comer sangre, porque la sangre es la vida, y no comerás la vida junto con la carne”* (Dt. 12:23). Podemos ver en este pasaje que sangre y carne son inseparables, pues el alma se manifiesta en la carne. El alma no puede actuar ni existir sin cuerpo, y viceversa. Esta relación de alma-cuerpo no es compartida por los griegos, donde el alma debe ser librada de los sufrimientos corporales.

Para el judío, alma y cuerpo son inseparables, pues los sentidos caracterizan la presencia del alma. Tanto es así que a veces carne y alma aparecen como términos intercambiables: *“Cuando alguna persona [nepesh, ‘alma’] ofrezca una oblación a Jehová, su ofrenda será flor de harina, sobre la que echará aceite y pondrá incienso”*. El uso de la sinonimia entre carne, persona y alma puede verse en muchos pasajes. El alma ayuna (Levítico 16:29-31), es sujeto de bendición, se enamora, tiene esperanza y es impaciente, entre otras cosas. Su sinonimia con persona radica en el principio de acción del ser viviente, pero no solo eso, sino también en su responsabilidad, derechos y obligaciones: *“El alma que peque, esa morirá”* (Ez. 18:20).



En algunas ocasiones podemos ver que se llama “alma” al hombre muerto o cadáver. Esto se da justamente por la sinonimia entre alma y persona, pues solemos describir a un cadáver como “una persona muerta”: *“Durante todo el tiempo que se aparte para Jehová, no se acercará a persona [nepesh, ‘alma’] muerta”* (Nm. 6:6).

Tanto la carne como el alma están animadas por el espíritu, es decir, por el poder y la fuerza dada por Dios. La carne pierde su espíritu en la muerte, la cual pertenece a Dios: *“Jehová, Dios de los espíritus de toda carne, ponga sobre la congregación un hombre...”* (Nm. 27:16). El hombre sin espíritu es sombra y soledad, pues vive en el vacío dinámico de su alma.

Volviendo a las distintas expresiones para la muerte, podemos ver en las Escrituras algunos eufemismos como “juntó sus pies”, aunque alude más bien al movimiento del hombre previo a esta: *“Cuando acabó Jacob de dar mandamientos a sus hijos, encogió sus pies en la cama y expiró, y se reunió con sus padres”* (Gn. 49:33). Otro eufemismo es degustar el cáliz o copa de la muerte, la cual se traduce en muchas ocasiones como “degustar la muerte”. Esta fórmula es más clara en el Nuevo Testamento, aunque también puede verse en el Antiguo, en pasajes como Jeremías 25:17, 28: *“Yo tomé la copa de la mano de Jehová, y di de beber a todas las naciones a las cuales me envió Jehová [...]. Y si no quieren tomar la copa de tu mano para beber, tú les dirás: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Tenéis que beberla...”*. También podemos verlo en Jeremías 49:12: *“Así ha dicho Jehová: Los que no estaban condenados a beber la copa, la beberán ciertamente. ¿Y serás tú absuelto del todo? ¡No serás absuelto, sino que ciertamente la beberás!”*.

Otra expresión la vemos en Éxodo 22:18: *“A la hechicera no la dejarás con vida”*, presentando la muerte como una privación violenta.

También se suele concebir a la muerte en función del movimiento espacial y temporal, la cual abandona el espacio tiempo de este mundo. Para esto se utiliza la expresión “bajar al seol” o “bajar al sepulcro” como dicen algunas versiones de la Biblia: *“Se levantaron todos sus hijos y todas sus hijas para consolarlo, pero él no quiso recibir consuelo, diciendo: ‘¡Descenderé enlutado junto a mi hijo hasta el seol!’ Y lo lloró su padre”* (Gn. 37:35). Podemos ver en este mismo pasaje la fórmula “bajar con tristeza” o “bajar enlutado”. Como variantes, se registran en las Escrituras expresiones como “bajar con dolor”, “bajar mis canas” (Génesis 42:38), “bajar con mal” (Génesis 44:29) (no entraremos aquí en las diferencias entre seol, Hades, sepulcro, gehena etc.).

Además, la Palabra de Dios menciona al “abismo”, el cual es para muchos eruditos judíos el caos primigenio de Génesis 1:2: *“La tierra estaba desordenada y vacía, las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”*. Más específicamente, se trataría de un lugar en el seol donde se encuentran las fuentes de donde proceden los manantiales:



*“Aquel día del año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes, fueron rotas todas las fuentes del gran abismo y abiertas las cataratas de los cielos”* (Gn. 7:11). También se emplea el término “pozo” como sinónimo de gehena.

Una imagen repetida en el Antiguo Testamento es la del “polvo”, el lugar de origen del hombre: *“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente”* (Gn. 2:7); y el lugar a donde este regresará: *“Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás”* (Gn. 3:19). La imagen del polvo o tierra se comporta como un sinónimo de seol: *“Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua”* (Dn. 12:2). Este término intenta mostrar la frágil condición del hombre a causa de su origen. La muerte es una vuelta al estado original, a la tierra, al polvo, al caos.

Otra expresión utilizada es “expiró” o “exhaló”: *“Exhaló, pues, el espíritu, y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de años; y fue reunido a su pueblo”* (Gn. 25:8). Esta fórmula tiene un sentido cronológico, expresando que la muerte es el final de un proceso temporal, el final de una vida vigorosa, donde llega el debilitamiento y la agonía.

Existen otras fórmulas como “consumirse hasta morir”, “consumirse hasta el exterminio” o “su fin es la destrucción”: *“Al ver a Amalec, pronunció esta profecía: ‘Amalec es la cabeza de las naciones, mas al fin perecerá para siempre’”* (Nm. 24:20).

El verbo “dormir”, vinculado a la muerte se utiliza de tres maneras diferentes: “dormir con los padres”, “dormir con los padres en el polvo”, “dormir en el polvo”.

El Antiguo Testamento suele hacer una distinción entre la muerte natural y la no natural (violenta o prematura). La muerte natural es la que está de acuerdo con el plan general de Dios. Para este tipo de muerte se utilizan expresiones como “morir en buena vejez”, “viejo y saciado de días”, “saciado de todo bien” o “en paz”. La muerte no natural es aquella que no logró los objetivos vitales, relacionadas sobre todo con un castigo divino.

En el Nuevo Testamento la palabra más utilizada es *thanatos*, y sus variantes, las cuales aparecen unas 120 veces. En la versión griega de la LXX, el término *thanatos* aparece unas 371 veces.

Esta palabra no significa el final de la existencia humana, sino tan solo la liberación del alma de la cárcel del cuerpo, según creían los platónicos, la cual era la única afectada, pues el alma habitaba en el más allá. No obstante, el cristianismo redefinió el término, describiendo a la muerte como el salario del pecado, es decir, como un enemigo del hombre.

Otra palabra para muerte es *nekros*, utilizada para referirse a una persona o cuerpo muerto, aunque puede también significar “matar”. Podríamos definir *nekros* como “estar sin vida”. También podemos encontrarlo en sentido figurado para expresar una separación de Dios.



Otra palabra para describir la muerte es *koimao* ‘dormir’. Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento utilizan la imagen del sueño para aludir a la muerte. En total son 53 referencias de este tipo en toda la Biblia.

#### **d. Distintas escatologías sobre la muerte**

Algunos autores afirman que el hombre es el único que sabe que va a morir, por lo que también es el único que sobrevive.

Veamos qué piensan los sistemas filosóficos en boga. Aunque ya vimos algunos aspectos del existencialismo y del nihilismo (como una de sus formas), es necesario repasar algunos aspectos en esta sección.

El existencialismo se ha planteado el tema de la muerte con mucha seriedad, por considerarlo el tema filosófico más importante de la vida, pues su presencia no solo es constante, sino inevitable.

Esta corriente filosófica no ve a la muerte como el fin de un trayecto, sino como el perpetuo acompañante que nos lleva de su mano desde que nacemos hasta que damos el último suspiro. El existencialista se ve a sí mismo un poco más muerto en cada instante. La muerte es una realidad que opera permanentemente en su interior.

El hombre está lanzado a la existencia y, según Heidegger en su obra *Ser y Tiempo*, se dirige a un naufragio total. La filosofía de Martin Heidegger es calificada como “existencia trágica”, pues este autor cree que la tragedia de la muerte se evidencia en que se trata de una experiencia consciente que revela nuestra autenticidad. La propia consciencia de saber que uno se dirige al “naufragio total” genera angustia. Sartre diría que este es el sentimiento de “la náusea”. Para los existencialistas, la muerte es un perpetuo compañero de viaje. Kierkegaard lo expresó de esta manera: “Lo terrible de la existencia es que vivimos para experimentar la muerte; aun sin morirnos del todo, vivimos la muerte cada día”.

Otra corriente en boga es el positivismo. Los positivistas ven la obsesión existencialista de la muerte como un signo patológico, pues consideran que esta no es parte de la vida, pues en la vida no se vive la muerte. Epicuro decía: “La muerte no es nada con respecto a nosotros. Cuando existimos nosotros, la muerte todavía no existe; cuando la muerte existe, ya no existimos nosotros”. Para los positivistas, solo experimentamos la vida, siendo la muerte tan solo su cese.

Por otra parte, el materialismo dialéctico no habla de la muerte, sino tan solo de la vida, algo que los existencialistas verían como una negación, puesto que la vida no puede considerarse sin la muerte.

Para los materialistas, el miedo a la muerte no es más que una herramienta religiosa para explotar al pueblo. Por lo tanto, los positivistas y los materialistas deciden disolver el tema y no creen necesario introducir a la muerte como objeto de estudio.



## e. Conceptos erróneos sobre la muerte

### I. La muerte es el fin de la existencia

En la Biblia, la muerte es siempre una separación. La muerte física representa una separación entre el cuerpo y el alma, mientras que la muerte espiritual es la separación del alma de Dios.

La muerte es el resultado del pecado: *“Porque la paga del pecado es muerte”* (Ro. 6:23). En cuanto todos pecamos, estamos sujetos a la muerte: *“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”* (Ro. 5:12). En Génesis 2:17, Dios ya había anunciado a Adán que si lo desobedecía sufriría la muerte: *“ciertamente morirás”*. Cuando este desobedeció, experimentó de forma inmediata la muerte espiritual, hasta que más tarde sufrió la muerte física (Génesis 5:5).

Jesús también experimentó la muerte, no obstante, la muerte de Adán fue la paga por su pecado, mientras que la de Cristo fue a causa de los pecados de la humanidad, la cual Él sustituyó: *“Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos”* (He. 2:9). Jesús, al tercer día, se levantó de entre los muertos, demostrando su poder sobre la muerte y el pecado. Por lo tanto, gracias a Cristo, la muerte es un enemigo derrotado: *“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”* (1 Co. 15:55).

Para aquellos que no han aceptado la misericordia de Dios por medio de Jesucristo, la muerte pone fin a las posibilidades de salvación: *“Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”* (He. 9:27). No así para los que han sido redimidos por la sangre de Cristo, los cuales experimentarán la muerte con gozo, pues esta los llevará a la presencia de Cristo. La promesa de la resurrección de los creyentes es tan real que la muerte física es comparada con irse a dormir: *“... quien murió por nosotros para que ya sea que vigilemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él”* (1 Ts. 5:10).

El Nuevo Testamento describe al infierno como la “muerte segunda”: *“La muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda”* (Ap. 20:14). El capítulo 20 narra cómo el diablo y sus secuaces serán lanzados al lago de fuego. Esto incluye a aquellos seres humanos impíos que no estén registrados en el Libro de la Vida. El destino del alma pecadora es la muerte espiritual.

Algunos eruditos son partidarios de la aniquilación total del impío en el infierno. Ellos sostienen que el impío muere por segunda vez en el infierno, donde deja de existir.

F. LaGard Smith escribió: “Aquellos cuyos nombres se encuentran en el libro [de la vida] heredarán la vida con Dios por siempre. Para los que no tienen sus nombres en el libro, no habrá vida duradera, tormento o cualquier otra cosa. Solamente muerte [...], la muerte segunda y final [...].”



Como la evidencia escritural más fuerte indica, la única opción es vida eterna versus muerte eterna. Existencia bendita versus la no-existencia”. No obstante, la cita de Smith no toma en cuenta el concepto bíblico de muerte. La Biblia nunca ve a la muerte como una no existencia, sino como una separación: en la muerte física, la separación del alma y el cuerpo, y en la muerte espiritual, la separación del alma de Dios.

Como vimos en otra sección, la palabra griega utilizada para muerte es *thanatos*. El *Diccionario de Strong* define esta palabra de la siguiente manera: “(1) la muerte del cuerpo (1a) esa separación (sea natural o violenta) del alma y el cuerpo por la cual se termina la vida en la tierra” (“*Thanatos*: 2505”, 1999).

Si consideramos además varios pasajes de las Escrituras podemos evidenciar que la muerte siempre es considerada una separación. Santiago ofrece una clara descripción de la muerte: “*Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta*” (Stgo. 2:26). Por lo tanto, un cuerpo separado del alma no es un cuerpo inexistente, sino un cadáver (un cuerpo sin vida), pero al estar separado del alma, se dice que está muerto.

En la muerte de Raquel, en el libro de Génesis, puede verse claramente este concepto de separación.

El parto de su hijo Benjamín fue de riesgo, tanto que Raquel dejó allí su vida. Leemos lo siguiente en las Escrituras: “*Y aconteció, como había trabajado en su parto, que le dijo la partera: No temas, que también tendrás este hijo. Y aconteció que al salirse el alma (pues murió), llamó su nombre Benoni; mas su padre lo llamó Benjamín. Así murió Raquel, y fue sepultada en el camino de Efrata, la cual es Belén*” (Gn. 35:17-19). Su muerte se constató cuando su alma salió de ella, dejando su cuerpo físico, el cual fue considerado muerto, pero no inexistente, pues fue sepultado hasta que se descompuso en la tumba. Otra vez, la descripción bíblica de la muerte gira en torno del concepto de la separación, no de la aniquilación.

Otro pasaje que demuestra esto es Lucas 8. Jairo rogó a Jesús por la vida de su hija enferma.

Mientras que Jesús marchaba con Jairo hacia su casa, un conocido, que venía del lugar, le contó a Jairo que la muchacha ya había muerto. A pesar de esto, Jesús siguió camino a su casa. Cuando llegó, hizo salir a todos, excepto a sus padres y tres de sus discípulos: Pedro, Jacobo y Juan. Se acercó al cuerpo muerto de la muchacha, tomó su mano y dijo: “*Muchacha, levántate*”. De inmediato, “... *su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó*” (Lc. 8:40-55). El cuerpo de esta niña estaba muerto porque su espíritu se había separado de él. Cuando este regresó a su cuerpo, la niña revivió. El texto bíblico presenta de nuevo la idea de la muerte como separación y no como aniquilación.

Otro ejemplo es Juan 19:30. Durante su crucifixión, Cristo exclamó: “*Consumado es*”, inclinó su cabeza y “*entregó el espíritu*”. Fue en ese momento, cuando su alma se separó de su cuerpo, que murió. José y Nicodemo sepultaron el cuerpo muerto (aunque existente) de Cristo, mientras que su alma no



estaba allí.

A pesar de estos ejemplos bíblicos, algunos eruditos siguen siendo partidarios de la aniquilación, argumentando que la muerte física es no existencia, ya que los que murieron no existían más en el mundo físico. Sin embargo, la Biblia describe de otra manera el estar muerto. Santiago dice que “... *el cuerpo sin espíritu está muerto*”. Aunque afirma que el cuerpo está muerto cuando el alma lo deja, nunca dice que el espíritu está muerto.

Si la Biblia es clara respecto a este tema, lo es aún más en lo referente a la muerte espiritual, la cual es definida como la separación del alma de Dios y no como una aniquilación del alma.

Pablo escribe en su Carta a los efesios: “*Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo [...]. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo...*” (Ef. 2:1-2, 4-5). Pablo describió a los efesios como muertos cuando estaban en su condición perdida, aunque obviamente existían. La muerte a la que Pablo hacía referencia era a la separación de Dios a causa de sus pecados.

Esto podemos verlo más claramente en el versículo 12, donde dice: “*En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo*”. Ellos estaban muertos en sus pecados, separados de Dios, de Cristo, pero no aniquilados. En Efesios 4:17-18 dice que vivían ajenos a la vida de Dios: “*Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón*”. La muerte era una separación de la vida de Dios, no una aniquilación.

Lo mismo escribe Pablo a los colosenses: “*Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados*” (Col. 2:13). Es claro que Pablo no se refería a una muerte física ni a un alma aniquilada, sino a una separación de Dios a causa de sus pecados (“muertos en pecados”).

El profeta Isaías dijo también: “*He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír*” (Is. 59:1-2).

También podemos ver esta misma idea en el libro de 1 Timoteo: “*Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta*” (1 Ti. 5:6). Pablo estaba enseñando a Timoteo lo importancia de ayudar a las viudas, a las cuales separó en dos grupos: las que confiaban en el Señor y las que se entregaban a los placeres o vicios de la carne.

Es claro que aquellos que viven en pecado están espiritualmente muertos, en el sentido de que se han separado de Dios por causa de su pecado.



Aunque existan físicamente y tengan en ellos un alma, son descritos como muertos, con una existencia separada de Dios.

La idea de que “la muerte segunda” es un estado de no existencia es un intento de evitar las verdades bíblicas sobre este asunto. Esta muerte describe la separación total de los impíos de Dios. Ellos dirán: “... Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” (Mt. 7:22), sin embargo, el Señor les responderá: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (v. 23). Los impíos serán entonces apartados de Cristo y enviados al fuego eterno: “Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt. 25:41).

La muerte segunda no es aniquilación, sino separación eterna de la presencia del Señor.

## II. La muerte es un eslabón de la evolución

Muchas personas creen que la muerte es un eslabón más de muchas vidas. La postura de la reencarnación, es decir, de “encarnarse nuevamente” o “renacer”, cree que tras la muerte de una persona, su alma regresa a un nuevo cuerpo. Muchas personas aseguran recordar una “vida pasada”.

No obstante, la reencarnación no solo implica almas y cuerpos, sino también espíritus. Parece ser que el alma de un gato puede reencarnarse en otro gato o un alma humana en un caballo, a esto se le llama “transmigración del alma”. La idea es que el alma es eterna y debe seguir creciendo, transformándose y evolucionando en cada instante.

No existe prueba alguna que respalde la reencarnación, sino tan solo una serie de propuestas subjetivas basadas en sueños o en la sensación de poseer un alma antigua.

La Biblia rechaza este concepto, diciendo de manera enfática que morimos una vez y luego nos vemos enfrentados al juicio (Hebreos 9:27).

No podemos encontrar en las Escrituras una segunda oportunidad después de la muerte, ni menos aún que puedan regresar en la forma de un animal o renacer en otro cuerpo humano.

A pesar de tratarse de una creencia milenaria, es contraria a las Escrituras.

Veamos algunos pasajes al respecto.

Jesús dijo al reo arrepentido que colgaba en una cruz junto a él: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc. 23:43), según los seguidores de la reencarnación, Jesús debería haber dicho: “Tendrás otra oportunidad de vivir una vida en la tierra”.

Mateo 25:46 marca con mucha claridad el destino final de las personas: “E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna”. Después de la muerte, mantenemos nuestra identidad, pues de lo contrario no experimentaríamos las consecuencias. En Lucas 9:30 pone el ejemplo de Moisés y Elías en la transfiguración: “Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías”.



Algunos que intentan torcer las Escrituras, para que estas respalden la reencarnación, citan Mateo 17:10-12, donde dice: *“Entonces sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Respondiendo Jesús, les dijo: A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. Mas os digo que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos”*.

Los discípulos preguntan acerca de la profecía de Malaquías 4:5: *“He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible”*, respondiendo Jesús que Elías era Juan el Bautista. No obstante, no estaba diciendo con esto que Juan era una reencarnación de Elías.

Este pasaje no respalda la reencarnación por varias razones.

En primer lugar, Elías no murió, sino que fue llevado al cielo en un carro de fuego (2 Reyes 2:11), por lo tanto, no es posible que se trate de una reencarnación.

En segundo lugar, Jesús llama a Juan de esta manera por la razón de que había venido con “el espíritu y el poder de Elías”: (Lucas 1:17), no porque se tratara del mismo Elías.

En tercer lugar, Elías acababa de aparecer en la transfiguración y había hablado con Jesús (Mateo 17:3), lo que demuestra que este no había cambiado su identidad.

En cuarto y último lugar, algunos habían preguntado antes a Juan el Bautista si él era Elías, siendo su respuesta contundente: *“No soy”* (Juan 1:21).

Muchas creencias indias, como el hinduismo, el sijismo y el jainismo creen en la reencarnación. No obstante, esta idea se ha extendido también por Occidente gracias a los movimientos de la Nueva Era y el espiritismo. Sin embargo, el cristiano no puede dudar respecto a lo que la Palabra de Dios enseña. La reencarnación es antibíblica y ha de ser rechazada en todos sus aspectos.

## **f. Cinco conceptos sobre la muerte (perspectiva bíblica)**

### **I. Muerte física**

La muerte humana se origina en la rebelión del Edén: *“Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás”* (Gn. 3:19). Así como la muerte alcanzó a Adán, es una certeza para todos sus descendientes: *“Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”* (1 Co. 15:21-22).

Con excepción de Enoc y Elías, Dios ha fijado una hora para la muerte de cada ser humano (He. 9:27). Ningún humano es capaz de evitar la realidad de la muerte: *“¿Qué hombre vivirá y no verá muerte? ¿Librará su vida del poder del Seol?”* (Sal. 89:48).

El tema de la muerte es atendido en todas las Escrituras.



En el Antiguo Testamento, el solo contacto con un cadáver, con sus huesos o con su sepulcro dejaba a la persona impura (Números 5:2; 19:16).

Dios, como dador de la vida, puede tomar la vida cuando así lo considere.

Podemos ver en el Antiguo Testamento cómo Dios daba la potestad a algunas personas para ejecutar su juicio sobre sus enemigos, no obstante, en el Nuevo Testamento, la iglesia no tiene dicha autoridad sobre la muerte física, sino que es llamada a amar a sus enemigos.

La muerte nos recuerda la brevedad de nuestra vida, la cual debemos vivir con gozo: *“Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu vanidad que te son dados debajo del sol, todos los días de tu vanidad; porque esta es tu parte en la vida, y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol. Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría”* (Ecl. 9:9-10). Job compara la existencia humana con la de una flor: *“Sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece”* (Job 14:2). El salmista contrasta la brevedad de la vida con la fidelidad eterna de Dios: *“Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios. Vuelves al hombre hasta ser quebrantado, y dices: Convertíos, hijos de los hombres. Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliias de la noche. Los arrebatas como con torrente de aguas; son como sueño, como la hierba que crece en la mañana. En la mañana florece y crece; a la tarde es cortada, y se seca. Porque con tu furor somos consumidos, y con tu ira somos turbados. Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro. Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira; acabamos nuestros años como un pensamiento. Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos. ¿Quién conoce el poder de tu ira, y tu indignación según que debes ser temido? Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”* (Sal. 90:2-12). Jesús enseñó acerca de lo repentino de la muerte, con el fin de advertir a aquellos que confían en sus posesiones más que en la provisión divina: *“También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repóstate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?”* (Lc. 12:16-20). Santiago, por su parte, dice que la existencia humana es como una niebla: *“¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere,*



*viviremos y haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala” (Stgo. 4:13-16).*

La muerte física siempre deja dolor a su paso. El propio Jesús lloró ante la muerte de su amigo Lázaro (Juan 11:35-38) y de seguro lo hizo también en su tiempo a solas luego de la muerte de Juan el Bautista (Mateo 14:13).

Se vincula a Satanás con la muerte al llamarlo “homicida”: *“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (Jn. 8:44).* Esto es a causa de que la entrada de la muerte vino como consecuencia de la astuta tentación de la serpiente (Génesis 3:1-6). También el escritor de Hebreos atribuye la muerte al enemigo, sin embargo, aclara que el creyente ha perdido el miedo a morir, pues ha sido librado de ella por el sacrificio de Cristo: *“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (He. 2:14-15).*

## **II. Muerte espiritual**

Todos nacemos espiritualmente muertos debido a la caída de Adán, donde el pecado y la muerte entraron a un mundo que había sido creado perfecto. Esta muerte no es tan solo física, sino también espiritual. Toda la humanidad heredó desde el nacimiento una naturaleza pecaminosa y, por lo tanto, nace espiritualmente muerta. El muerto espiritualmente mantiene funcionando todas sus facultades, su intelecto, su afecto y su voluntad, no obstante, cada una de ellas está apartada de Dios.

La muerte espiritual es la separación de nuestras almas de Dios a causa del pecado. Debido a que Dios es santo, aborrece el pecado, por lo tanto, nuestra muerte espiritual no es para nada amistosa, sino que siempre resulta hostil, al punto de ser llamados “enemigos de Dios”: *“Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Ro. 5:10).*

La paga del pecado es la muerte (Romanos 3:23), por lo tanto, los muertos de espíritu son malditos y están condenados, pues no cumplieron la ley de Dios: *“Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gá. 3:10).*

Aquel que está muerto espiritualmente no ama ni agrada a Dios, además de ser insensible a sus cosas e ignorar todo lo espiritual:



*“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14).*

En muchos casos, sus acciones se ajustan bien a las leyes morales que establece la Palabra, no obstante, no cumplen con el espíritu de la ley: agradar y glorificar a Dios (1 Corintios 10:31).

Estar espiritualmente muertos significa ser hostiles a Dios, maldecidos y condenados por la ley divina. Es una condición de insensibilidad respecto a lo santo y una ignorancia de la obra amorosa de Dios por la humanidad, refiriéndose en un principio a la creación y luego al sacrificio de Jesucristo, su Hijo unigénito, en nuestro lugar, quien resucitó para darnos la posibilidad de vivir espiritualmente: *“En otro tiempo ustedes estaban muertos en sus transgresiones y pecados, en los cuales andaban conforme a los poderes de este mundo. Se conducían según el que gobierna las tinieblas, según el espíritu que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia. En ese tiempo también todos nosotros vivíamos como ellos, impulsados por nuestros deseos pecaminosos, siguiendo nuestra propia voluntad y nuestros propósitos. Como los demás, éramos por naturaleza objeto de la ira de Dios. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados! Y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y nos hizo sentar con él en las regiones celestiales, para mostrar en los tiempos venideros la incomparable riqueza de su gracia, que por su bondad derramó sobre nosotros en Cristo Jesús” (Ef. 2:1-7).*

Jesús tomó la maldición de la ley y la muerte al recibir sobre sí mismo la condena que nosotros merecíamos. Aquellos que están separados de Dios (muertos espiritualmente) pueden acercarse a Cristo y cambiar su hostilidad por amor.

### **III. Muerte eterna**

La muerte eterna es contrastada en las Escrituras con la vida eterna. Así como los que tienen vida eterna pasarán a la eternidad con el Señor, aquellos que experimentan la muerte eterna pasarán la eternidad separados de Dios.

Existen algunas posturas distintas vinculadas a este tema. El aniquilacionismo cree que la muerte eterna es la aniquilación total de las almas perdidas, otros sugieren que el alma puede trasladarse desde el infierno al cielo, o incluso desde el purgatorio al cielo, mientras que otros más optimistas aseguran que todos irán al cielo de forma inmediata (universalismo) o eventual (universalismo final).

Más allá de estas posturas teóricas, la Biblia dice claramente que todas las personas viven una vez para luego de esto ser enjuiciadas: *“... está establecido que los seres humanos mueran una sola vez, y después venga el juicio” (He. 9:27)*, por lo tanto, las personas no desaparecen ni se reencarnan, sino que son juzgadas y su destino estará con Dios o apartado de él.



La idea de que una persona puede trasladarse desde el infierno al cielo es descartada por el pasaje de Lucas 16:26, donde narra la historia de dos muertos, el rico, atormentado en el infierno y Lázaro, en el seno de Abraham: “... *hay un gran abismo entre nosotros y ustedes, de modo que los que quieren pasar de aquí para allá no pueden, ni tampoco pueden los de allá para acá*” (Lc. 26:26). Por otro lado, la Biblia enseña que los incrédulos serán separados eternamente de Dios.

Apocalipsis 20:10 dice: “*El diablo, que los había engañado, será arrojado al lago de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta. Allí serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*”. Después de que el diablo fuese arrojado al lago de fuego y azufre, los incrédulos serán juzgados: “*La muerte y el infierno fueron arrojados al lago de fuego. Este lago de fuego es la muerte segunda. Aquel cuyo nombre no estaba escrito en el libro de la vida era arrojado al lago de fuego*”. (vv. 14 y 15). El profeta Daniel también profetizó al respecto: “*Y del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen, algunos de ellos para vivir por siempre, pero otros para quedar en la vergüenza y en la confusión perpetuas*” (Dn. 12:2). También el Señor Jesús enseñó acerca del castigo eterno: “*Aquellos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna*” (Mt. 25:46).

Aunque no nos resulte agradable, así es cómo la Biblia describe la muerte eterna. Los creyentes estamos llamados a compartir la buena noticia del evangelio con otros, con el fin de que muchas personas escapen de la muerte eterna y vivan su eternidad con Dios.

#### IV. Muerte moral

Primera Timoteo 5:6 dice que la viuda que vive en los placeres está muerta mientras vive: “*Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta*”. Este es sin dudas un enigma a resolver: estar vivo y muerto al mismo tiempo. Pablo exhortaba a Timoteo a brindar ayuda a las viudas, sin embargo, algunas de ellas vivían de manera voluptuosa y se complacían con manjares. No se refiere necesariamente a pecados groseros, a la prostitución o algún otro tipo de impureza, sino a la actitud de preferir la buena comida y bebida, descartando el alimento del alma. Tiene que ver con mujeres consentidas que pataleaban como niños pequeños si no obtenían lo que deseaban.

Lo que Pablo quiere decir es que estas mujeres vivían sin ningún propósito. Solo se ocupaban de vivir “delicadamente” (*σπαταλάω, spatalaō*). Esta palabra aparece tan solo dos veces en todo el Nuevo Testamento: aquí y en Santiago 5:5: “*Habéis vivido en deleites sobre la tierra...*”. En ambos casos se refiere a una vida dada a los lujos y a satisfacer sus apetitos.

La verdadera felicidad no se encuentra en alimentar nuestros sentidos con diversos placeres, pues esto carece de todo propósito. Es en este sentido que Pablo se refiere a una “muerte moral”, carente de propósito, por lo tanto, a una vida separada del compromiso de madurar en la fe.



Es sin duda una desfiguración de la imagen divina que Dios ha estampado en el hombre y una pérdida de la justicia, donde no hay un verdadero sentido del pecado ni de su condición.

Estas mujeres tenían características similares a los cadáveres, al ser nauseabundas y desagradables para aquellos que se esforzaban por madurar en su fe. Además, eran ciegas, incapaces de discernir el Espíritu de Dios. No obstante, lo más grave es que no sentían la carga del pecado, por lo tanto, estaban muertas, aunque vivas.

Esta descripción de las viudas coincide con la de la iglesia de Sardis, en Apocalipsis 3:1: “... Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives y estás muerto”.

Vale aclarar que es probable que se tratara de viudas creyentes con una actitud inadecuada. No debemos dejar de lado algunos dichos de la época relacionados a esto. Los judíos solían repetir un dicho que decía: “Que los impíos, mientras vivan, serán contados entre los muertos”. Los pitagóricos, por su parte, construyeron tumbas vacías para aquellos que se rebelaran contra la filosofía. Además, entre los griegos se solía decir que un “hombre sin valor es un hombre muerto”. Todas estas posturas apuntan a una muerte moral.

Algunos autores opinan que es probable que estas viudas hayan descuidado a su familia para seguir sus placeres.

#### **V. Muertos al pecado**

*“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias” (Ro. 6:12).*

El pecado se concibe en los malos deseos ocultos en el hombre, despertados por la tentación. No obstante, el creyente se encuentra en una lucha constante para que este no reine en su vida. Cuando nos vemos tentados, es decir, cuando un deseo se levanta para pecar, es ahí que debemos considerarnos muertos al pecado: *“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (v. 11).* Esta es la única forma de vivir en victoria. Ser tentados no nos hace pecadores, pues esta misma tentación puede convertirse en una prueba al huir de ella, pues la resistencia fortalece nuestra santidad: *“En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 P. 1:6-7).*

Jesús dijo en Mateo 5:28: *“Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”.* La ley de Moisés ya condenaba la codicia: *“No codiciarás” (Éx. 20:17)*, pero podemos ver en el mensaje de Jesús la acción concreta de un hombre al elegir codiciar a una mujer en vez de considerarse muerto al pecado de la codicia. Este hombre sirve a la ley del pecado



con su mente y por esa razón adultera en su corazón.

Santiago se pregunta: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis...” (Stgo. 4:1-2).

Los malos deseos combaten en nuestro cuerpo por no ser considerados muertos al pecado. Esta es la razón por la que experimentamos pleitos y contiendas en nuestras comunidades cristianas.

Como cristianos debemos considerarnos muertos al pecado, a los deseos de la carne, y resistir activamente al pecado frente a cualquier tentación.

El sacrificio de Cristo condenó el pecado y a la muerte, pues Jesús vino a deshacer las obras del diablo. Él mismo fue tentado tres veces por Satanás y venció en cada una de ellas. Cristo vino a mostrarnos que podemos vivir en santidad. Aunque resistir al pecado puede muchas veces hacernos sufrir físicamente, seremos, al igual que Cristo en el desierto, vivificados en el Espíritu.

En nuestra lucha por la piedad, mientras peleamos la buena batalla, Cristo intercede por nosotros como nuestro Sumo Sacerdote. Así como él fue tentado, puede socorrer a quienes son tentados. No obstante, solo aquellos que están crucificados con Cristo obtendrán la victoria frente al pecado, pues es necesaria la garantía y documento de propiedad que garantiza que hemos sido limpiados por la sangre de Cristo y que ahora le pertenecemos.

## **g. Razones por las cuales morimos**

### **I. Pecado original**

Agustín de Hipona dijo: “La vida del hombre, a consecuencia del pecado original, se ha convertido en una carrera hacia la muerte” (*Ciudad de Dios*, XIII, 10). La muerte ha entrado en el mundo como consecuencia del pecado original. No obstante, Agustín decía que esta muerte era esperanza para los creyentes y juicio para los perdidos: “Por eso se puede decir que la primera muerte del cuerpo es buena para los buenos y mala para los malos; pero la segunda, como no es propia de ningún bueno, no puede ser buena para nadie” (*Ciudad de Dios*, XIII, 2). Agustín se distinguía de la filosofía griega al no considerar al cuerpo despreciable. En este sentido, veía a la muerte como una separación relativa de lo físico. Relativa, en el sentido de que el cuerpo sería resucitado para compartir el gozo eterno.

Hoy día experimentamos un cuerpo lastimado por los efectos del pecado original, y lo mismo sucede con nuestra alma, sin embargo, estarán unidos en la eternidad, en perfecta armonía, disfrutando de la bondad infinita de nuestro Señor, quien volverá todo a su forma inicial.

Para los cristianos, tanto el cuerpo como el alma son buenos. El pecado original no ha introducido la maldad en el cuerpo, sino un desorden en el mundo en que vivimos que afecta tanto al cuerpo como las facultades del alma.



Es en este sentido que la eternidad restaura la armonía y el equilibrio por medio de la gracia divina, en virtud de la obra redentora de Cristo.

Entonces, la raíz del pecado no está en el cuerpo, sino en la voluntad del alma y su mal uso de la libertad. Esto no significa que el instinto carnal no incite al pecado como consecuencia del pecado original, sino que todo el hombre es afectado. Consentir en la tentación depende de nuestra voluntad. Somos carnales a causa de los vicios del cuerpo, pero también de los vicios del alma, en donde radica nuestra capacidad de elegir.

## II. La muerte es la paga del pecado

Romanos 6:23 dice: “... *la paga del pecado es la muerte*”. La palabra traducida como “paga” se empleaba comúnmente para indicar el salario que cobraban los soldados: “*También le preguntaron unos soldados, diciendo: –Y nosotros, ¿qué haremos? Les dijo: –No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario*” (Lc. 3:14), aunque puede utilizarse para el salario en sentido general: “*He despojado a otras iglesias, recibiendo salario para servirlos a vosotros*” (2 Co. 11:8).

Esto nos enseña que el pecado no solo nos lleva a la muerte, sino que es merecedor de esta. Aunque muchos comentaristas interpretan esta muerte como la muerte física, no puede ser este su sentido principal, pues la segunda parte de este versículo hace referencia a la vida eterna como regalo de Dios, lo que evidencia la intención del apóstol en señalar un contraste entre el salario del pecado y el regalo divino: “... *pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro*”. Más allá de la muerte física, lo importante aquí es la separación final, la muerte segunda. Sin la dádiva de Dios, moriremos eternamente como consecuencia de haber sido siervos del pecado y recibir así su salario.

## h. La muerte para el creyente

### I. La muerte es dicha

Analicemos el pasaje de Apocalipsis 14:13, donde dice: “*Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen*”. Este pasaje puede estar refiriéndose a los mártires a causa del evangelio, los cuales descansan de sus trabajos y disfrutan la eternidad como recompensa de su fidelidad.

La bienaventuranza de estos hombres radica en el descanso y la felicidad que experimentan al contemplar la recompensa por sus buenas obras. Estos muertos son felices porque no ven el mal que vendrá sobre el mundo y no sufren, viviendo en un estado de gozo perpetuo.

Morir en el Señor es morir lleno de gloria. Aunque no mueren en el campo de batalla, mueren por la causa de Cristo, bajo la mirada amorosa de Dios.



Los muertos en el Señor dejan atrás sus angustias y tribulaciones. Esta muerte es considerada bendecida o feliz por las Escrituras.

Solemos ver a la muerte como algo triste y temerario, pero las Escrituras nos bendicen con estas palabras de Apocalipsis, por las cuales podemos esperar agradecidos nuestra propia salida de este mundo. Ahora, no se trata de cualquier muerto, sino de aquellos que mueren en el Señor. Morir en el Señor implica estar unidos a Cristo, es decir, ser cristianos sinceros. No solo aplica esto a los mártires, sino a todos aquellos que se reconfortan en la presencia de Dios a la hora de su muerte.

El pasaje de Apocalipsis dice que estos muertos descansarán de sus labores. La palabra *kopos* hace referencia al trabajo, pero puede ser utilizada para hablar de una carga o pena. Aquí se utiliza para denotar el cansancio por hacer el bien. Así como vivir es glorioso, también lo es morir.

## II. La muerte es como un sueño

Comúnmente, cuando utilizamos la palabra “cementerio” nos referimos al lugar donde yacen los restos de las personas fallecidas, pero podemos encontrar un sentido más amplio en la etimología de esta palabra.

Las civilizaciones antiguas se referían a estos lugares como “necrópolis” (lit. ‘ciudad de los muertos’), no obstante el vocablo “cementerio” se hizo más popular con el correr de los años.

La palabra “cementerio” proviene del latín vulgar *cementeriū*, el cual deriva del latín más culto *coemeterium*, el cual a su vez proviene del griego *koimeterion* (‘dormitorio’). Lejos de lo que algunas personas pueden creer, la palabra “cemento” no tiene la misma raíz, sino que proviene del griego *caementa* (‘piedra quebrada’), la cual era utilizada también para la construcción de tumbas.

El apóstol Pablo dice en 1 Corintios 15:20: *“Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho”*. Cristo ha resucitado de entre los muertos y se ha convertido en las primicias de los que durmieron. Esta es una garantía de que el futuro de los cuerpos de los creyentes está resguardado en el Señor.

La Biblia compara la muerte con un estado de sueño sin pensamientos, actividad cerebral o vida.

El capítulo 3 del libro de Job hace algunas referencias respecto a la muerte: *“¿Por qué no morí yo en la matriz, o expiré al salir del vientre? [...] Pues ahora estaría yo muerto, y reposaría; dormiría, y entonces tendría descanso [...]. Allí los impíos dejan de perturbar, y allí descansan los de agotadas fuerzas”* (Job 3:11, 13, 17).

También podemos apreciar en el Nuevo Testamento, en el relato bíblico de la muerte de Lázaro, cómo las Escrituras interpretan la muerte como un estado de sueño. Jesús, al emprender su viaje a Betania para ver a su amigo fallecido, dijo: *“... Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la*



muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: *Lázaro ha muerto*” (Jn. 11:11-14).

Aunque Jesús vio la necesidad de ser más literal, no dejaba de ser importante su descripción de la muerte como un sueño, pues al momento de resucitar a Lázaro, la voz de su amigo dormido despertó ante los gritos de Jesús: *“Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir”* (vv. 43-44).

El apóstol Pablo también hace referencia a los muertos en Cristo como dormidos: *“Os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”* (1 Ts. 4:15-17).

Tanto en el pasaje de Lázaro como en la carta de Pablo, la muerte representa un descanso temporal, solo hasta que Cristo venga por él y lo despierte para vivir eternamente, pues él es la primicia de la resurrección.

### **III. La muerte es como un viaje**

El apóstol Pedro dice en su primera carta, en 1 Pedro 2:11: *“Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”*.

El cristiano es un peregrino que viaja por este mundo con un equipaje liviano. Sabe que el día de su muerte es el regreso a su verdadero hogar: *“Todos estos murieron en fe, sin haber recibido las promesas, pero habiéndolas visto y aceptado con gusto desde lejos, confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra”* (He. 11:13). En este mismo capítulo de Hebreos, Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac y Jacob son descritos como “extranjeros y peregrinos en la tierra”. La palabra “extranjeros” hace referencia a personas con distinta cultura y lenguaje, mientras que “peregrinos” describe a aquellos que viven en una tierra que no es la suya, lejos de su parentela. Este último término siempre está relacionado a un viaje, como puede verse en el verso 14: *“Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria”*, en este caso, la patria celestial.

Los cristianos son entonces residentes transitorios que pronto irán a su patria. Mientras están en una patria extranjera pueden ser de mucho beneficio para ese país, así como hizo José en Egipto o Daniel en Babilonia, sin embargo, nunca dejaron de ser peregrinos.

No son expatriados, pues no eligen estar en otra patria, sino que saben que van de paso, en un viaje hacia la patria celestial. El patriarca Jacob se refirió a “los días de mi peregrinación” y el rey David



declaró “extranjero soy y peregrino”, a pesar de ser el rey en esa nación.

Los cristianos no pertenecemos a este mundo. Somos moradores temporales que viven en tiendas, viajando hacia su mejor destino, hacia el lugar de su ciudadanía. Los creyentes no olvidan nunca que van camino hacia un lugar sin muerte, sin pecado, sin dolor ni sufrimiento, teniendo incluso la garantía de ser herederos de Dios y coherederos con Cristo (Romanos 8:17).

#### **IV. La muerte es una garantía de vida eterna**

El pasaje de Apocalipsis 2:11 es una garantía para el creyente: *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte”*. Cuando hablamos de un vencedor hacemos referencia a aquel que se ha mantenido firme en las pruebas, superando a todos sus enemigos. Este no sufrirá una separación de Dios, es decir, no sufrirá la segunda muerte. Es una garantía para aquel que es perseguido por amor al evangelio, que no deja de aferrarse a sus principios ante la oposición y prefiere la muerte antes que apostatar. En el mundo futuro no tendrá nada que temer.

La Biblia llama al juicio en el infierno “muerte”, no porque se trate de la aniquilación del alma, sino por su temeridad y por su similitud con el castigo futuro. Así como la muerte física se corta de la vida física, la muerte espiritual o segunda muerte se corta de la vida eterna. La primera muerte pone fin a nuestras esperanzas terrenales, mientras que la segunda muerte acaba con las esperanzas eternas.

¿Qué otra cosa podría darnos más esperanza que saber que cuando llegemos al final de nuestro viaje terrenal, nada más podrá hacernos daño? La Biblia nos promete que Cristo vendrá por su iglesia, pero también aclara que muchos conocerán la muerte antes de que esto suceda. Si este es el caso para nosotros, estaremos seguros a la hora de nuestra muerte, pues sabemos que nuestro Redentor nos acompaña.

Los santos nunca serán heridos, pues están reservados para la vida eterna. Se trata de una garantía en Cristo. La muerte física será para el creyente un paso hacia la vida eterna, no como los malvados, para quienes significará un pasaje al infierno, siendo separados eternamente de Dios.

Todas las personas merecemos el lago de fuego como destino final, sin embargo, Cristo nos libra o nos hace salvos de la ira de Dios. Por lo tanto, la seguridad dada al cristiano que vence a sus enemigos espirituales debe ser una ocasión de gran gozo. Todos los soldados de Cristo experimentarán la promesa dada por el Espíritu Santo: *“No hay condenación para los que están en Cristo Jesús”*.

No alcanzamos esta salvación abrazándonos a nuestros méritos, sino aferrándonos al evangelio, por la gracia que se nos fue dada, confiando tan solo en Jesús para nuestra salvación. No obstante, nos esforzamos en hacer su voluntad y somos agradecidos por su misericordia, por haber sido lavados por la sangre de Cristo y revestidos de su justicia. A pesar de ello, nuestras obras no serán olvidadas:



*“Dios no es injusto para olvidar la obra de ustedes y la labor de amor que han mostrado hacia su nombre, habiendo ministrado a los santos y ministrando” (He. 6:10).*

#### **V. ¡Estaremos con Cristo!**

El pasaje de Filipenses 1:23 nos asegura que luego de la muerte, aquellos que han entregado su vida a Cristo, estarán con él: *“Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor”*. Pablo no sabe que prefiere: si morir y estar de inmediato con Cristo o quedarse por más tiempo en la tierra para continuar predicando el evangelio. Pablo vivía con el anhelo profundo y a la vez elevado de unirse con el Salvador y estar con él, pues sabe que en su presencia hay plenitud de gozo.

Podemos ver en este pasaje como el apóstol creía que el alma del cristiano estaría inmediatamente con el Señor al morir, pasando a su presencia de manera directa, sin permanecer en un estado intermedio durante un período largo de tiempo.

Este es un motivo de felicidad en medio de la agonía de la muerte: estar con Cristo en su gloria. No se prepara para después de la muerte aquel que desea morir por no soportar su intenso sufrimiento o por estar desilusionado por una falta de propósito en su vida, sino aquel que ha encontrado su propósito en Cristo y muere sabiendo que Jesús terminará la obra en él, pero sobre todo que lo verá, lo cual es mucho mejor que permanecer en este mundo.

Los creyentes tienen deseo de partir y lanzarse a la inmortalidad, con el fin de volver a casa. Como dice Bernardo: *“Un creyente cuando muere se repatria”*. Sabe que Cristo lo espera en su nuevo hogar.

Dicen que el poeta francés Conrad Graserus dijo en su momento de agonía: *“Oh, bendito sea Dios por esta bendita hora. ¡Oh, qué feliz cambio haré ahora de la noche al día, de la oscuridad a la luz, de la muerte a la vida, del dolor al consuelo, de un mundo conflictivo a un ser feliz”*, y que George Fabricius escribió: *“Gracias a mi Dios misericordioso, que me da, en la vida para morir, y en la mano de la muerte para vivir”*. La muerte significa una relación más estrecha con Cristo, una transición hacia su presencia.

#### **VI. La muerte es ganancia**

Filipenses 1:21 dice: *“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”*. Aunque este versículo es anterior al que vimos arriba, parece dar respuesta a la duda de Pablo con respecto a si prefiere partir y estar con Cristo o quedarse en la tierra para compartir el evangelio. La respuesta es que tanto si muere como si vive, Cristo gobernará su vida.

Mientras el creyente viva, es propiedad de Cristo y, al morir, toma posesión de la herencia celestial. Para Pablo le es indiferente morir por causa de la persecución o seguir viviendo en la tierra donde tampoco podrían quitarle nada. Solo tiene un objetivo en la vida: glorificar a Cristo.

La palabra “ganancia” tiene el significado de “ventaja”. Claro que para el cristiano es una ventaja



morir, a causa de muchos beneficios, como el cese del sufrimiento, de las enfermedades, del maligno, de la tentación, del pecado, de la duda y de la muerte segunda. Disfrutar la comunión con Cristo en los lugares de gloria, en donde se encuentra la plenitud del gozo es, sin duda, mucho mejor que estar en la tierra, donde podemos disfrutar igualmente, aunque en una escala menor, su gloria por medio de nuestra comunión con él.

Estas proposiciones pueden considerarse como una: Cristo es para mí ganancia viviendo o muriendo (en la vida o en la muerte). Él es todo para el creyente en la tierra y hace que la muerte sea una ventaja para nosotros, pues sabemos que estaremos con él. No obstante, para Pablo es indiferente. Ya que viva o muera, considera ambas cosas como ganancias. El pensamiento principal del apóstol es si Cristo será honrado en su vida o en su muerte, aunque la muerte le traería a él la ventaja de dejar de sufrir.

Por último y como aclaración, Pablo no se refiere al acto en sí de morir, sino que utiliza la palabra *apothanein* para referirse al estado después de la muerte.